



El Padre

Cuento

ARDIAN-CHRISTIAN KYÇYKU

LibrariumHaemus

ARDIAN-CHRISTIAN KYÇYKU

EL PADRE

(Cuento)

Traducido del albanes por

Petrit Mavrovi

Ardian KYÇYKU (seudónimo literario: **Ardian-Christian Kyçyku**) nació el 23 de Agosto de 1969 en Pogradec. Después de terminar el liceo “El Partisano”, hizo los estudios superiores en la Universidad de Estado en Tirana, en la Facultad de Historia y Filología, rama de lengua y literatura. Es doctor en ciencias filológicas doctorando en teología en la Universidad de Estado de Bucarest y docente en ciencias humanas y de comunicación.

Miembro de la Liga de Escritores de Rumania, de la Sociedad de Escritores de Bucarest, de la Liga de Escritores de Albania, y de Central European Academy of Science and Art.

Decano de la Facultad de las Artes y Ciencias en la Universidad “Gheorghe Cristea” de Bucarest.

Obras literarias escritas y publicatas en lengua albanesa: *El triunfo de Proteo*, novela, 1990 (samizdat), *En el Imperio de la piedra*, novela, 1993, *La familia de los Morti*, 1995 (samizdat), 1997, *La noche después del año cero*, novela, 1998, *La traducción o la vida de uno que no juraba que veía*, novela, 1999, *La Musa del Juego*, trilogía, 1999, *Los ríos de Sahara*, novela, 1999, 2009, *El apetito por el pan del cielo*, novela, 2000, *El Divo o el Tragaflores*, novela, 2001, *Los Angeles sobrantes*, novela, 2002, 2009, *El cristal y las hienas*, novela, 2002, *Ojo*, novela, 2004, 2006, 2007, *Como se conquistó el Locurastan*, novela, 2004, *Home*, novela, 2007, *En lugar de la Eternidad*, teatro, 2007, *Bésame esqueleto*, novela de niñez, 2008, *El Sublibro - trozos de vida o de papel, inspirado del teatro*, teatro, 2009, *La sangre neutra - vida de apunadores*, teatro, 2009, *El Padre*, cuento, 2009, *Alteza, o cinco vistas del espejo*, teatro, 2009

Obras literarias escritas y publicadas en lengua rumana: *El año en que se inventó el cisne*, novela, 1997, *El dulce secreto de la locura*, novela, 1998, *Una tribu gloriosa y agonizante, la epopeya de un olvido*, 1998, 2005, *El astro Epígono*, novela-ensayo, 2000, *Amor con la última vista*, prosa y teatro, 2000, *Trilogía*, prosa selecta, 2002, *El tiempo de los sustitutos*, un libro-entrevista, 2003, *Toque de queda - novela escrita con muy pocas comillas*, 2004, 2006, *Ex - novela con amor & conspiración*, 2005, *Un alfabeto de la poesía albanesa*, antología, 101 poetas albaneses en lengua rumana, 2003, *Introducción a la semiótica*, discursos universitarios, 2004, *Señales y Castillo*, discursos universitarios, 2006, *Sitio para una muñeca solitaria - cuento para rodar / película para contar*, 2008, *Empaticon o El libro de la vida temprana, memorias de un número I*, novela, 2009

Desde el año 1998 es cofundador y codirector de la Revista *Haemus* que se publica en Bucarest. Fundador y redactor jefe de la revista universitaria *ComuniQue*.

Título original: *Azi*, - București: *Librarium Haemus*, 2009
Autor: Ardian-Christian Kyçyku

ISBN: 978-606-8093-47-5

Copyright: © Ardian Kyçyku
©Editorial Librarium Haemus, 2009
© De la traducción: Petrit Mavrovi

Portada del libro: **KÜdesign**, A.-Ch. Kyçyku, *Wor(l)d*, photo,
2011

El padre vivía tan absorto en sus preocupaciones diarias, que había olvidado el sabor de los grandes desastres, personales. Pero también el sabor de las felicidades inesperadas. No se recordaba desde cuándo hubo perdido esos sabores. Ya se había acostumbrado sin ellas y no intentaba buscarlas en ningún sitio.

El padre no tenía nada de santo. Era delgado, zambo, con el aspecto de un lagarto aturdido, como nacido para morir vanamente.

Apenas había conquistado las sesenta primaveras. Estaba en la espera de esos pocos inviernos fríos que iban a poner el sello de la eternidad a las primaveras.

No sabía por qué no había muerto en vano. La longevidad le parecía una punición. Ya había acabado con su sentido de vida en este mundo. Quizás lo hubo acabado aun sin abrirlo. O quizá no entregaba el alma a Dios porque no tenía.

Era lunes por la tarde. Cumplía completamente sesenta primaveras.

Su mujer, Irma, y su hijo, Adriático, tenían que haber sufrido mucho en ahorrar para comprarle un pequeño pastel y sesenta velas. O habían pedido préstamo en algún sitio. Mejor si hubieran pagado la luz.

Las velas flameaban. Desde hace mucho, la casa no había estado tan luminosa. Como para testimoniarles que la luz de sobra les hacía daño, el Padre se inclinó soplando sobre las sesenta velas. Con el mismo furor habría soplado también a sus años. Y quizá no les hubo apagado hasta ahora porque le costaba creer. Si no hubiera tenido sea un poco de brío, habría apagado esos años. Pero le habían aventajado. Le habían apagado sus años sin pedirle permiso. Era un muerto viviente que se paseaba de un café al otro.

-Felicitaciones –dijo Tico. – ¡Y aún cien más, padre!

-Y también cien mil dólares –se rió el Padre.

Irma sacudió la cabeza con amargura. Nadie en su casa podía imaginarse qué podrían hacer con cien mil dólares. O lo sabían: podían volverse locos. Pero podían perder la razón también sin el intermediario de los dólares.

Había caído la noche. Otoño. Brindaron con aguardiente de la quinta cualidad, -un aguardiente que, según decían, estaba hecho de boñigas secas – y echaron cada uno un trago. El Padre esperó que el posible veneno de esa bebida fuese acumulado en su copa. De esa manera se salvarían con vida las dos únicas personas que se le habían quedado en esta vida.

No tenían ningún invitado. Nadie les había felicitado por el cumpleaños del Padre. Ningún telegrama, ningún teléfono. La gente estaba hundida en sí mismo, en el pozo de pequeñeces diarias. A la gente se le había secado la garganta allá, en la profundidad del pozo. De la sed por perras. Y ni se recordaba de su cumpleaños, sin hablar por la del su Padre a quien, a riesgo y

ventura, ni Dios se recordaba haberlo encarnado en este mundo.

El Padre se había metido en honduras. En los días cuando estaba invadido por el ánimo del humor fino del montañés, salía más rápido de las honduras. Porque no sé nadar, se reía, y en honduras me puedo ahogar.

El padre fumaba y rumiaba sin ningún futuro. De esa manera conseguía conservar intacto el pasado. Al pasado que no se encontraba más en ninguna parte.

-¿Y estos han muerto todos? –preguntó.

-¿Quiénes *estos*? –intervino Irma.

-Los invitados...

No sabían cómo contestarle. Costaba creer que alguien, excepto ellos mismos, supiera el día del cumpleaños del Padre. Los padres habían emigrado, en columna, uno tras otro, antes del derrumbe del Muro de Berlín. No habían llegado en aquel día dichoso. Pero, quizá, habían sentido sobre sus hombros, supuestamente, que el polvo de aquel muro les había engrosado el escudo. Los parientes se habían repartido por extremos diferentes, a menudo perdidos, de la supervivencia. La mayoría

se había ido más allá de los muros derrumbados y las basuras. Habían enviado mensajes sólo en los primeros meses de la emigración, cuando la nostalgia, al parecer, les torturaba. Después, se habían hundido en el gran silencio del olvido y no era para nada saludable esperar aviso de ellos, excepto si les persiguiera algún peligro de vida o el placer de algún negocio pequeñito. Algún primo había regresado una y otra vez a Tirana para saciar su nostalgia. El satisfacer de la nostalgia, sólo en tres días, después de caer presa de la convicción que la vida de otrora y el aburrimiento eran las mismas, pantanosas, se les había convertido en furia, en frustración, en desprecio. A la pobre e invariable familia del Padre la contemplaban como si fuera una isla pequeña de leprosos. Mientras para sus adentros subrayaban que a *ellos* les tocaba dejar sus huesos por las calles de Tirana. Porque, con una sonrisa conquistadora de nobles que han perdido su fortuna-, no habían movido ni un dedo para cambiar su destino. Ni los barcos hacia Italia no les habían parecido dignos, ni los caminos hacia Grecia, Turquía o a otra parte, ni American Loto, tampoco el negocio. Y, quien se queda aquí, se